

## CARTA PANEGÍRICA DE ANDRÉS NIPORESAS

A UN TAL DON CLEMENTE DÍAZ,

GRAN POETA Y LITERATO

EN CONTESTACIÓN Á CIERTA SÁTIRA CONTRA EL POBRECITO HABLADOR

Válgame Dios, señor don Clemente Díaz, y qué vehementes deseos tenía yo de que saliera á la palestra, armado de punta en blanco, todo un paladín, como vuestra merced parece, contra mi amigo el buen bachiller Munguía. ¡Ya decía yo! Alguna desgracia debe de haberle ocurrido á don Clemente Díaz cuando ni su conocida reputación, ni su espíritu caballeresco, ni su mucho fondo de literatura, han sido parte para obligarle á manchar cuatro páginas contra el impertinente Bachiller. ¡Gracias á Dios que nos ha quitado vuestra merced tan grande duda y sobresalto! Yo le juro como soy Niporesas que su enemistad y su intervención hacían falta notable á la buena fama de mi amigo Munguía.

¿Vuestra merced, tan comedido y tan mesurado en toda su vida, como ha dicho cierto autor moderno, que nadie le conocía por poeta ni por literato hasta la presente? Verdad es que esto de no conocerle nadie ni por uno ni por otro, más que de no ser digno de verse como tal por todas las Españas pregonado, dependía de esa fatalidad que han de tener todos los hombres de pro de ir acompañado su mérito de la más perfecta modestia. Esta es la causa que ha debido tenerle hasta ahora tan atrasado en el concepto público. Pero no hay cuidado, todavía es tiempo de remediar, mal que bien, el daño que le ha causado su modestia referida; hase roto la nube caliginosa donde estaba malamente escondido su mérito, que sólo puede ganar con ser bien conocido, y ya amanece vuestra merced, como un astro apagado, por las puertas del oriente de la literatura.

Mi primera idea, cuando tuve la primer noticia de que un literato (entonces no sabía yo todavía que había de ser vuestra merced) iba á escribir contra el Bachiller, sépase que fué acribillarle á sátiras y folletos, y no dejar en sus escritos pedazo entero y sano tamaño como una ave-

llana, ó como la reputación de vuestra merced, que todo es comparar. Pero luego que supe que era el impugnador un hombre tan conocido como don Clemente Díaz, guardárame yo muy bien, dije para mí, de seguir en tan loco empeño; á más de respetarle como si fuera el mismo cólera morbo, vínome á la imaginación que debía de haberse hecho con su bien parado folleto un numeroso partido, compuesto todo de los ofendidos por el Hablador. ¡Qué de usureros prestamistas y qué de calaveras tramposos no miro ya en derredor suyo, dispuestos á defenderle, qué de libreros mandrias, qué de autores silbados, qué de autores éticos de circunstancias, qué de capitanes de ocho años y de vistas ciegos, qué de queridas de intendentes, qué de públicos de todas especies, qué de perezosos de aquellos de *Vuelva usted mañana*, qué de autores batuecos, qué de batuecos convidadores, qué de gentes, en fin, que ni escriben ni leen, ni leen ni escriben, ni hablan ni oyen, tendrá dispuestos á sacar la cara por sus escritos!

Verdad es que ellos son tales que no han menester encarecedores ni abogados; ellos solos se recomiendan por ser quien son, y por ser de mi señor don Clemente Díaz, autor tan famoso en las edades futuras; porque es de advertir que si quiere llevar tan alto epíteto, sólo de esa manera ha de ser, pues que ni ya lo fué en los tiempos pasados, ni menos lo es en los presentes; culpa no de él, sino de los demás, que ignorábamos, como unos bestias, que teníamos un hombre siquiera en el país, y que ese era don Clemente Díaz.

Heme propuesto hacer su elogio, porque ha de saber que si tiene algún apasionado, ese soy yo; y para que vea si soy amigo suyo, ha de tener entendido que yo sé que ha escrito un folleto, y esto prueba el interés que por sus cosas me tomo, atendido que no lo sabe nadie

sino yo, el cartelero que ha puesto los carteles, y vuestra merced que lo sabrá también, pues es sin duda hombre que sabe lo que hace. Y uno de los motivos que me precisan á escribir esta carta es el deseo de que lo sepa el público; en saliendo lo sabremos todos; pero sépase ó no se sepa, el caso es que vuestra merced ha escrito un folleto, y que este folleto es de don Clemente Díaz, lo cual será una verdad eterna, aunque nadie más que él y yo lo sepamos; porque no dejan las cosas de ser ciertas por no ser sabidas, y pondré un ejemplo: supongamos por un momento que vuestra merced tiene talento, pero que esto no lo sabe nadie; ¿dejará por eso de existir el talento de vuestra merced en su cabeza ó en cualquier otra parte del cuerpo (que ni esto está averiguado, ni yo ignoro que cada uno tiene su poco ó mucho talento donde buenamente puede)? Dígame vuestra merced, ¿dejará de tener el tal talento porque nadie lo haya podido traslucir hasta ahora? Ya se ve que mi argumento no tiene respuesta.

No quisiera yo, por lo mismo que soy tan apasionado suyo, que se creyera parcial mi elogio; esto es ¡vive Dios! lo que me da pena, porque si digo que es malo el folleto, y hablo mal de don Clemente Díaz, me han de responder luego, no que es gana de disimular nuestra amistad, sino que se descubre la que á mi amigo el Bachiller profeso; y si digo que es bueno, dirán que me burlo de mi señor don Clemente Díaz, y ¡voto va! que si tal dicen, mienten y remienten cuantas veces lo dijeren, que ni yo me burlo de vuestra merced, ni yo ignoro lo que vale un don Clemente Díaz en estos tiempos tan escasos de poetas buenos y de literatos profundos.

Dígame sino: si vuestra merced no acertara á tomar cartas en el juego y á sacar la cara por los abusos y necedades criticados en el Hablador, ¿quién diantres la había de haber sacado? Quedáranse los necios menesterosos sin amparo ni defensa, que fuera gran lástima.

No me dieran á mí otro trabajo que probar hasta la evidencia que vuestra merced no sólo es literato, en cuanto á que tiene esas letras tan gordas que dice, sino también caballero y generoso, amigo de enderezar tuertos y desfacer agravios. Prenda muy recomendable en estos tiempos tan egoístas que alcanzamos; y más para él, que de esa suerte podrá enderezar el que á sí mismo se ha hecho con su folletillo; por lo cual aunque no fuera tan literato como es, había de bastar aquella prenda para hacerle pasar por

hombre de bien, ya que no por poeta, como le sucedía á don Eleuterio Crispín de Andorra; y también le juro á vuestra merced que vale mucho más ser hombre de bien y salvar su alma, que hacer buenos versos, si no se pudieren reunir entrambas cosas, lo cual sería lo mejor. Por ejemplo, ahí tiene vuestra merced á un Arouet (ya sabrá quién es, y sino, yo no se lo puedo decir más claro). ¿De qué le parecerá á vuestra merced que le sirvió hacer su Zaira y su Mahoma, con otras frioleras de gusto, si á la hora de esta debe de estar probablemente hecho un torrado en los profundos? Esto es lo que me da rabia cuando leo un hermoso trozo de Homero, y aun de Virgilio; siempre arrojé el libro diciéndolo: ¡Qué lástima que esos hombres no fuesen buenos cristianos, y hombres de bien como don Clemente Díaz! Pues ¿y cuando leo á Horacio, á Juvenal y á Persio, y á Boaló, como vuestra merced escribe, ó Boileau, como se llamaba él y escribimos nosotros? Entonces me ocurre al momento la misma idea que á vuestra merced. Si los abusos no se han de corregir por más sátiras que se escriban, ¿para qué escribirlas? Eso mismo digo yo; por ejemplo: si mi amigo el Bachiller no ha de dejar de hablar, aunque más escriba vuestra merced folletos, ¿para qué es cansarse escribirlos? Eso digo para mí, y ya le hubiera citado á vuestra merced en varias ocasiones y en diversas casas, si no fuera porque, á pesar de lo famoso que ha de llegar á ser con el tiempo si sigue escribiendo folletos, no gusto nunca de hablar por boca de ganso, sino decir mis ideas tales cuales son, y más que no se asemejen á las de don Clemente Díaz, que todos no es posible tengamos las mismas ideas, como vuestra merced conoce mejor que yo.

¡Ay qué bien ha hecho su maestro de primaras letras en ponerle á escribir! porque yo supongo generosamente que cuando empezó el folleto ya sabría leer de corrida; no porque yo crea que necesita irse soltando su estilo, que ya anda demasadamente suelto, sino porque, si lo hemos de leer, no hay otro medio sino que vuestra merced lo escriba. ¡Y cómo conoció el pícaro del maestro lo que podía prometerse del buen ingenio de don Clemente Díaz! ¡Apostara yo el valor del primer ejemplar del folleto de vuestra merced, si es que se ha vendido ya, á que son para él las utilidades! ¡Y cómo lo ha entendido el muy ladino!

¿Como cuánto tiempo hará que vuestra merced hace versos, señor don Clemente Díaz? ¿Cómo fué el descubrir vuestra merced que



tenía esa estupenda habilidad, en sazón de estarse publicando los *Pobrecitos Habladores*? Otra preguntilla, y es la última por ahora. ¿Como cuántos años podrá tener vuestra merced? Porque si como es de ingenioso es de precoz, ¡voto á Apolo, que es una maravilla mi señor don Clemente Díaz! ¡Y qué bien pone la pluma, y cuánto sabe!

Sabe, por ejemplo, hacer él solito palabras compuestas, como, verbi-gracia, satírico-manía: sabe citar á don Manuel Bretón de los Herberos y poner su epigrafito y todo, que es un contento. Sabe que el famélico vate no debe lamentarse de lo que se lamentaron otros, sino que cada uno se lamente solo y de cosa distinta, y antes de lamentarse tenga buen cuidado de averiguar y saber si se lamentó otro de aquello mismo, y si no, no lamentarse. Si á su merced, por ejemplo, le salieran unos ladrones á robarle y le aporrearan, su merced, que es *vate famélico*, según parece, no debiera lamentarse, mas que le hubieran llenado de chichones el occipital ó el frontal, porque ni su merced sería el primer aporreado, ni el primero que se ha lamentado de algún aporreo. Así que todo el toque del escribir está en hacerlo con anterioridad á los que han escrito antes que uno, cosa muy sencilla mirándolo despacio. En esto sigue don Clemente Díaz su misma regla; por no repetir ideas de otros, tiene él las suyas hechas de tal manera, que ni yo las ví iguales, ni parecidas, en autor alguno que le haya antecedido, ni espero, ¡qué esperar! que ningún hombre de talento pasado, presente ni futuro, diga las cosas que don Clemente dice. ¡Tanta es su originalidad y su deliciosa extravagancia!

Sabe decir su merced que *gustara acaso Persio si escribiera solo*; añade que también Juvenal gustara con la misma circunstancia, y concluye diciendo que también otros ciento gustaran si escribieran solos. Me recordó este paso chistoso, capaz de hacer reír á cualquiera, como sin duda se lo ha propuesto el graciosísimo señor don Clemente, el lance aquel de los doscientos gallegos que volvían de la siega y se dejaron robar porque venían solos.

Don Clemente sabe además hacer metáforas, de las cuales no son las de menos donosa invención aquella de que el *mundo con muletas anda cojo*; la otra del *agostado juicio* de mi amigo (*¿si aludirá á que se casó en agosto?*), la otra de dejar ir *su mente á rienda floja*, y aquella otra tan revuelta y enmarañada y llena de escondrijos y retortijones que dice *que exprime el*

Bachiller «el corto zumo de su ingenio para deshacerse en humo de sandeces por coger un premio de humo.» Esta, esta es la que debe de haberle costado más noches de no dormir y más días de no pensar; y por fin la de los «timbres de la nobleza que de la gloria en la mansión habita y eleva sobre el tiempo su cabeza;» y la lindísima de aquel fantasmón de arroyuelo que tenía *arrogante estilo* (decir estas cosas es el único modo seguro de no parecerse á ningún otro buen autor). Esto es lo que se llama tener gracia natural para hacer reír, ¿y con qué arbitrio tan sencillo? Con sólo reunir don Clemente en sus ratos ociosos palabras de aquí y de allí; barajarlas, y ver qué efecto producen; y mas que no representen ideas que tengan relación entre sí, en cuyo caso se desbarataría gran parte de la gracia del juego.

Sabe don Clemente Díaz hacer versos consonantados sin consonante, caso que no ha acertado á conseguir ni ha intentado siquiera ningún poeta ni famoso, ni sin fama, como cuando hace consonar *velas* con *vendaba*. ¡Tan cierto es que sólo al genio le está reservado abrir sendas desconocidas! Esto me trajo á la memoria aquel otro caso tan sabido del juego de prendas, en que se apuraba una letra y era la *g*; había dicho alguno *guitarra*. «A usted le toca ahora, señorita,» dijo á la persona siguiente el que llevaba el juego; á lo cual contestó ella con gran prisa y raro tino *violín*, y calló con aquel aire de satisfacción y desembarazo que tiene el que ha salido triunfante de un grande apuro.

Consonante á *velas*... Vamos, don Clemente, en *elas*. ¿En *elas*? ¡*vendaba*! ¡Bravo, don Clemente! ¿Ven ustedes? Ya salimos del paso.

Recuérdame esto otro cuentecito que me contó mi maestro: un poeta nuevo, como vuestra merced, señor don Clemente, tenía que hacer una oda á un amigo suyo, á quien habían sacramentado; él había visto que en las odas solía haber unos versos cortos y otros largos, y dijo: «Si en eso consiste, odas haré yo también,» que es lo que á vuestra merced le habrá sucedido con los tercetos: hizo, pues, su oda, y describiendo la mala noche, concluía una estrofa con estos dos versos, el uno quebrado y el otro tan entero como un burro garañón:

Y era tan fuerte el viento,  
Que se apagaban las hachas de los que por purísima devoción iban alumbrando al Santísimo Sacramento.

Bien es verdad que si vuestra merced tenía que decir la palabra *vendaba* por razones parti-

culares que ignoro, y que él acaso sabrá, aunque hubiera hablado más arriba de velas por el mar del *frívolo*, que aunque no está en el mapa, culpa de los mapistas, sabe vuestra merced muy bien cuál es, no era cosa de andarse horas enteras á buscar consonante en *elas* para decir otra cosa que lo que quería decir; primero es la verdad que el consonante, y ser franco que ser poeta; y volvemos á aquello de la hombría de bien: ya sabe vuestra merced, señor don Clemente, que para ganar el cielo no se necesita tener el oído muy delicado. ¿Quién sabe si á vuestra merced le sonará lo mismo *velas* que *vendaba* por la regla de apurar la letra y empezar todo con *v*?

Lástima grande que no habite encima del cuarto de usted algun poeta para que hiciese con él lo que Pedro Corneille con su hermano Tomás: aquél tenía hecha, como vuestra merced no sabrá, una trampilla en el piso de su habitación sólo para pedirle en los graves apuros consonantes á su hermano, que vivía debajo de él.

Dígame vuestra merced la verdad, como si nadie nos oyera, ¿vuestra merced entiende los consonantes al revés, y cree que han de consonar las palabras por el principio ó por el fin? En este caso le sucederá lo que á aquel cochero beodo que montó la mula al revés, y tomándole el rabo por riendas, arreaba y pegaba latigazos á su inocente coche.

Sabe el señor don Clemente, además, que todo el que no sea hombre de talento, debe domar toros, de donde se infiere que todos los tontos deben ser vaqueros, y que la clase de vaqueros debiera ser la más numerosa de la sociedad, porque los más son tontos como vuestra merced sabe. Vuestra merced debe saber mucho de domar toros, á no ser que haya dicho lo del *toro* por ser su satirilla en tercetos, y haber de consonar con *oro* y *tesoro*, en cuyo caso no he dicho nada, y tiene él razón, á pesar de que otras veces no se pára en consonantes, y teniendo su *vendaba* á mano para estos casos apurados, no había de recurrir á la tauromaquia.

¿Y qué de cosas más sabe vuestra merced? ¿Apostamos algo á que sabe también dónde tiene la mano derecha?

¿Con que ha leído vuestra merced á Juvenal, y á Persio, y á Boileau? ¿Y qué más libros ha leído vuestra merced? ¿Como á qué edad empezaría mi señor don Clemente Díaz á leer? ¡Vaya que es un Centon mi señor don Clemente Díaz! ¿Ha leído vuestra merced también el Hablador que critica? Porque ya veo que es

muy capaz de leer hasta lo que no está escrito, y hasta de escribir lo que no se haya de leer. Yo, amigo don Clemente Díaz, no leo tanto, á pesar de que he leído el folleto de vuestra merced, que, sin vanidad, ni hay muchos que puedan decir otro tanto, ni habrá uno solo que me niegue que se necesita para ello tener afición decidida á la lectura.

En lo que tiene razón es en decir que los poetas no han de buscar con qué vivir, sino gloria, y yo estoy seguro de que él no busca más que gloria, como se echa de ver en aquello de regalarnos el folleto por dos reales cada ejemplar, que atendido su mérito, es lo mismo que decir *de balde*; así es que la gloria debe de ser para vuestra merced una especie de maná; si bien yo tengo para mí que no ha de echar muchas carnes con la que le ha valido su folleto; imagino que le ha de costar algunos días el digerirla, pues tengo entendido que es alimento fuerte para estómagos flacos. Ni es justo que el poeta vea su comedia, ni que se le premie por ella. ¡Disparate! ¡Cómo se conoce que no ha hecho don Clemente Díaz ninguna comedia! No porque no haya podido, sino por no empujarse las manos con las medallas de plata carcomidas que suele cobrar el poeta. Supuesto que don Clemente cobra en laureles, ¿como cuánto laurel vendrá á tener vuestra merced hacinado en su casa? Vamos serios, don Clemente Díaz, hagamos una especulación; que como nos lo ponga á un precio moderado, ¿quién sabe si pudiéramos hacer negocio?

Hanme dicho malos amigos de su folleto que es gran lástima que no tenga más gracia de la que tiene, porque á tenerla, todos nos hubiéramos divertido, y vuestra merced el primero.

No haga caso de habladurías, que si se parara en lo que dicen, era cosa de no volver á escribir. Lo único que le aconsejo yo es que cuando diga verdades, las diga claras y no se ande con rodeos, *de la pieza remendada en prosa*, sino que la nombre; diga los verdaderos defectos del Hablador, y si no los conoce, acuda á nosotros el Bachiller y yo, que somos uña y carne, y se los hemos de apuntar; algunos tiene que vuestra merced se ha dejado en el tintero.

Esperamos, pues, señor don Clemente Díaz, que siga en otras sátiras y folletos corriendo tras de la gloria, por si la puede alcanzar, aunque ella va de prisa y le lleva bastante delantera: si bien el Hablador no admite ni da contestaciones, yo, que soy su amigo, á quien no alcanza el entredicho, le podré contestar; y si

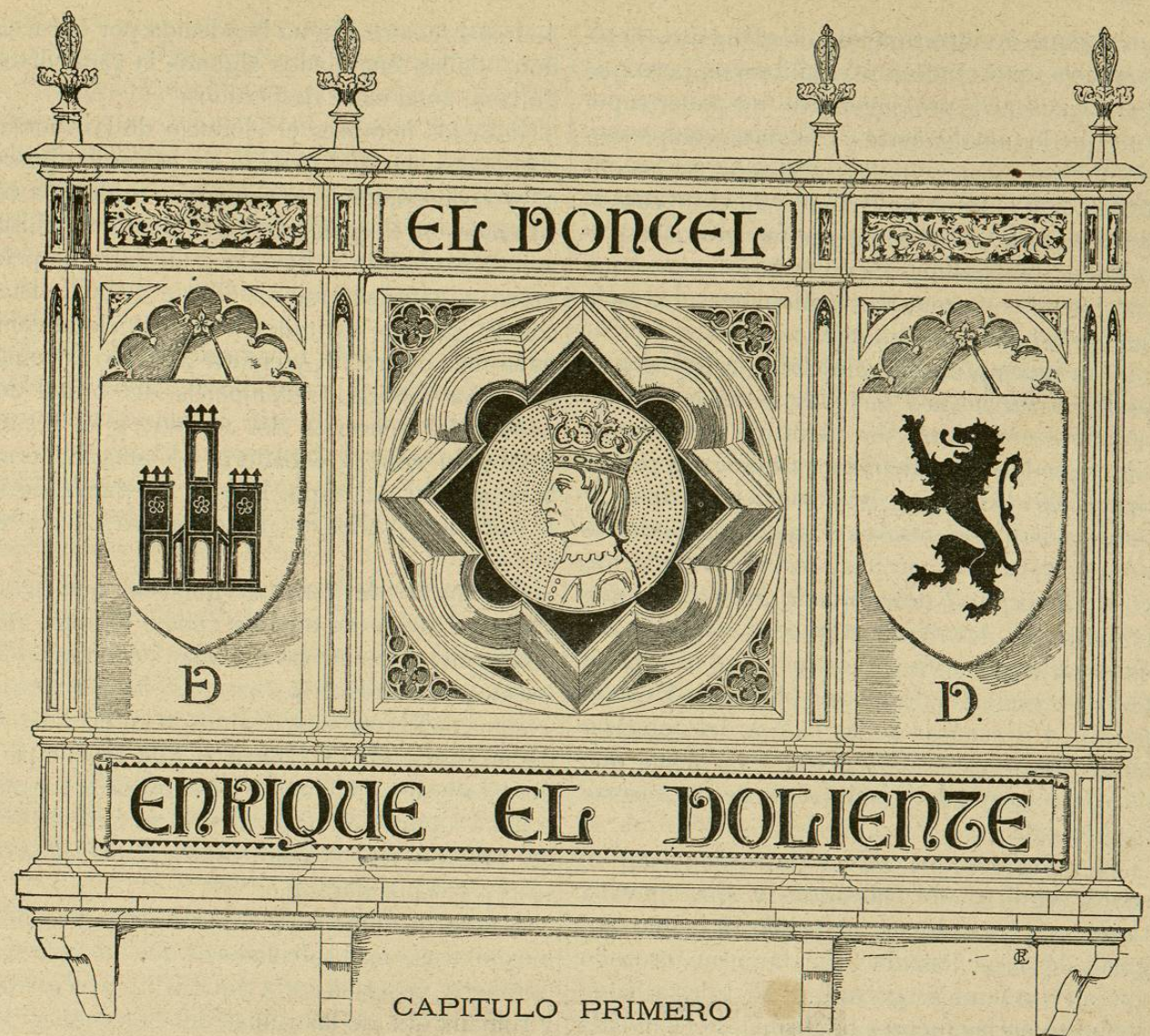


no le contestase más, lo cual es muy posible, no por eso se desanime, sino escriba y versifique, y no defraude malamente á la posteridad del fruto que podrá sacar de sus vastos conocimientos: tenga entendido que ha nacido para escribir folletos, y todo lo demás es errar la vocación y no cumplir con la obligación que traen al mundo los hombres grandes de ilustrar á sus semejantes, si es que vuestra merced tiene semejantes: yo por mi parte le aseguro, por la fe de caballero, que aplicándose ha de llegar á hacer sátiras muy regulares, lo cual debe vuestra merced hacer tanto más cuanto que puede vivir seguro de que encontrará siempre en mí

un panegirista celoso de su gloria, y de que no se menoscabe en nada la colosal reputación que tiene adquirida en el mundo literario, como Clemente, como Díaz, como poeta y como satírico, y mas que perjudiquen á los intereses del Bachiller sus claras luces y sus terribles impugnaciones.

*Andrés Niporesas.*

NOTA. Sabedor el autor de esta carta de que se ha introducido la moda de terminar las cuestiones literarias por medio de *duelos ó quebrantos* de huesos, advierte al público que en su redacción no se admiten palizas ni desafíos.



Mis arreos son las armas,  
Mi descanso es pelear,  
Mi cama las duras peñas,  
Mi dormir siempre el velar.  
*Cancionero general.*

Antes de enseñar el primer cabo de nuestra narración fidedigna, no nos parece inútil advertir á aquellas personas en demasía bondadosas que nos quieran prestar su atención, que si han de seguirnos en el laberinto de sucesos que vamos á enlazar unos con otros en obsequio de su solaz, han menester trasladarse con nosotros á épocas distantes y á siglos remotos, para vivir, digámoslo así, en otro orden de sociedad en nada semejante á este que en el siglo XIX marca la adelantada civilización de la culta Europa.

Tiempos felices, ó infelices, en que ni la hermosura de las poblaciones, ni la fácil comunicación entre los hombres de apartados países, ni la seguridad individual que en el día casi nos

garantizan nuestras ilustradas legislaciones, ni una multitud, en fin, de refinadas y exquisitas necesidades ficticias satisfechas, podían apartar de la imaginación del cristiano la idea, que procura inculcarnos nuestro sagrado dogma, de que hacemos en esta vida transitoria una breve y molesta peregrinación, que nos conduce á término más estable y bienaventurado.

Mis arreos son las armas,  
Mi descanso es pelear,

podían repetir con sobrada razón nuestros antepasados de cuatro ó cinco siglos: nuestra nación, como las demás de Europa, no presentaba á la perspicacia del observador sino un caos confuso,